



SEMANARIO POPULAR.

PERIODICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 9.

JUEVES 28 DE ABRIL DE 1864.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.
Se vende en los puntos de suscripcion.

Tomo III.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 15.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO, un año 50 rs.

SUMARIO.

ENSEÑANZA INTUITIVA, por Juan de Dios de la Rada y Delgado.—EL MES DE ABRIL, por Francisco Rovira Aguilar.—LETRILLA, por Enrique Fernandez y Carnicero.—LAS MAMÁS, por A. Vindes Giron.—RIEGO.—EL CASTILLO DE MÁGALO, por E. Perez Escribá.—ROMANCE, por Góngora.—LAS MUJERES PINTADAS POR LOS QUE ADMIRAN SUS ENCANTOS.—LONDRES.—DAOIZ Y VELARDE.—SEGUNDILLAS, por Manuel Valcárcel.

ENSEÑANZA INTUITIVA.

Segun prometimos en nuestro artículo último, vamos á ocuparnos en el presente de dar á conocer ese sistema, con cuyo nombre encabezamos estas líneas, que tiene por objeto ejercitar las facultades intelectuales, despertar la atencion, vigorizarla, establecer la armonía entre la palabra y la idea, y hacer que el pensamiento del niño, que en esa edad, risueña primavera de la vida, vaga como una suelta mariposa de objeto en objeto, pero sin detenerse en ninguno, se concrete, se fije, á fin de que vaya adquiriendo la madurez necesaria, si bien compatible con la edad, para que la enseñanza produzca los resultados que se apetecen, y para que ya jóven su inteligencia formada pueda aplicarse con fruto á cualquiera de los múltiples ramos del gran árbol de la ciencia humana.

La facultad intuitiva presenta dos aspectos diferentes: el uno que dice relacion al mundo estérno del espíritu, y el otro al interno. Es indudable que primeramente se desarrolla bajo la primera faz, conduciendo á desenvolverse en la segunda, y esta marcha que la naturaleza nos presenta, es la que sin duda guió al observador Pestalozzi para establecer ese método intuitivo en la primera enseñanza. El comprendió que abriendo el niño sus ojos á los objetos que le rodean, lo primero que debe hacerse es que las impresiones que le vienen de lo exterior, pasando á ser propiedad de su espíritu, vayan desarrollando su actividad, á

fin de que convertidos en verdaderas intuiciones pueda aplicarla desde el mundo estérno al mundo interno del espíritu.

Indicados ya los objetos del método de enseñanza que nos ocupa, veamos de qué manera se le ha dado aplicacion en las escuelas de Alemania, donde constantemente se están tocando las grandes ventajas de este sistema (1).

Reunidos los niños en la escuela, el profesor les presenta varios objetos para que los miren y contemplen, hablando á seguida en términos generales sobre ellos. Terminado este primer ensayo dirigido á despertar la curiosidad de los niños, les hace preguntas á que deben contestar clara y distintamente, cuidando de que al hacerlo vayan guardando la propiedad en el lenguaje, tan necesaria para la buena esposicion de las ideas. Despues que los discípulos conocen las particularidades del objeto presentado, se les dicen los términos ó nombres que ignoran respecto al mismo, porque siempre es el objeto lo primero y despues el nombre. Los niños contestan, ora á la vez, ora individualmente, segun que se les exige, repitiendo por lo general los demás, la contestacion dada por su compañero.

Para esta clase de enseñanza se sirven además generalmente de láminas con gran variedad de objetos en ellas representados. Al ofrecer cada una á la contemplacion de los alumnos, el profesor les pregunta lo que ven en ella, y los niños van indicando poco á poco los objetos que miran y las diversas particularidades que notan. Despues continúa el maestro: ¿y qué cosa es esta? señalando alguno de los objetos; y uno ó todos los discípulos contestan, siguiendo de este modo sobre las di-

(1) En la esposicion de este método seguimos la manera clara y precisa con que despues de su viaje á Alemania le presentó en una memoria que tenemos á la vista don Julio Kuhn en el año de 1847, catedrático de esta universidad central, y muerto cuando prometia dar días de gloria al profesorado español.

versas partes del cuerpo presentado. Además de estas intuiciones en que solamente toma parte la vista, se hacen otros ejercicios en que concurren los demás sentidos y principalmente el tacto sobre objetos de varias formas, de madera ó carton por lo comun, que guarda en su cajita cada año, procediendo con ellos de la manera siguiente. El profesor principia por presentar el cubo, por ejemplo, y pregunta ¿qué es esto? y el niño naturalmente ha de contestar: «un objeto, un cuerpo, una cosa:» insiste en seguida el maestro preguntando, verbi-gracia, las esquinas que tiene, y la respuesta le ha de dar origen, y le da en efecto para hablar de las facetas, de la base, de la cúspide, y así sucesivamente de los demás cuerpos sólidos, explicando poco á poco los términos geométricos como vertical, horizontal, etc. Luego se procede á la comparacion de los cuerpos contemplados, por cuyo medio se obtienen grandes resultados; como por ejemplo, que los cuerpos que tienen una base ancha y terminan en punta se llaman pirámides ó conos, que las hay de varios números de caras, que los de tres contienen cuatro triángulos, que en cada triángulo hay tres ángulos y en cuatro triángulos por consiguiente 4 X 3=12 ángulos, todo lo cual conduce al principio general de que en cada pirámide hay tantas veces tres ángulos como caras tiene la misma, que el cono no tiene ninguna, etc.

Despues de estos ejercicios se pasa á aplicar lo en ellos aprendido á los objetos que se presentan á la vista de ordinario, valiéndose de los mas usuales, de los mas comunes, como las ventanas, las tablas de las mesas, los tinteros, los sombreros, etc. A ellos se agregan muy oportunamente otros ejercicios que tienen por objeto el irles iniciando en la historia natural y la geografía, presentando otros objetos mas compuestos, si bien escogiendo siempre de entre aquellos que tienen atractivo é inspiran el interés de los niños, para lo cual se eligen de los que reúnen estas circunstancias

y que además puedan presentarse naturalmente, y cuando no, que sean tan conocidos que pueda suponerse una intuición clara de ellos por parte de los discípulos. Los animales domésticos reúnen precisamente todas estas circunstancias, y de ahí que se prefiera siempre comenzar por ellos en esta enseñanza elemental. El niño los conoce de verlos cada día y jugar con ellos, si bien no es más que superficial tal conocimiento; y sabido es que los animales en general tienen muchos atractivos para la infancia. El modo de proceder en estos ejercicios es enteramente conforme al que ya se deja dicho en los anteriores. El profesor invita á los niños á que digan alguna cosa sobre un perro ó un gato que conozcan, y cada uno responde lo que sabe: después se les presenta disecado el animal en cuestión y se les manda observarles atentamente por algunos minutos, dirigiéndoles á seguida algunas preguntas sobre lo observado, á que contestan aquellos con arreglo á lo que han notado. Después que se han repetido tales ejercicios con varios animales de la esfera indicada, se pasa á la comparación entre ellos por el mismo método espuesto. Otras veces se trata del cuerpo humano y del uso que hace el hombre de sus diversos miembros: en otras recae la conferencia sobre la huerta ó el jardín, la casa paterna y el pueblo, su situación, sus habitantes, las ocupaciones á que se dedican y vestidos que usan, todo lo cual da margen á tratar á su vez de los elementos de geografía, pues hasta un simple charco presta materia para hablar de los lagos y mares; la mas pequeña elevación del terreno representa montes, montañas y cordilleras, y así en todo lo demás. Por último, se trata de los elementos, del fuego, del aire y del agua, puesto que todavía no importa al niño saber si son ó no son tales, y al hablar de sus propiedades se desprenden consideraciones que se van explicando, sobre la lluvia el viento, el rocío, la escarcha, el granizo, la nieve, el hielo, las tempestades, el trueno, el relámpago, el rayo, y otros meteoros, con lo cual á la vez que dándole instrucción, se va librando al niño de las ideas supersticiosas, que mas que en ninguna, en esa primera edad es fácil se apeguen á su espíritu con la tenacidad que tienen siempre en nuestro corazón los recuerdos de la infancia, bálsamo consolador en las decepciones de la existencia, si fue bien dirigida, ó tiránicos verdugos de nuestro ser, si no se la hizo emprender una acertada marcha.

JUAN DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.

EL MES DE ABRIL.

Estamos en abril: como si dijéramos; en el mes mas dormilon del año, porque desde mi criada hasta el jefe de mi oficina, repiten en cadencioso tono, que *las mañanitas de abril, son muy dulces de dormir*.

Y ¡cosa extraña! cuando los hombres todos se empeñan en demostrarnos que abril es el mes protector de los perezosos, y que su atmósfera nos incita al sueño, la naturaleza en este mes despierta de su letargo y se atavía coquetuella para recrear nuestra vista y halagar nuestros sentidos.

Viste á los árboles de límpidos y perfumados follajes, y nos regala flores que nos encantan con sus variados colores, y nos embriagan con sus delicados y purísimos aromas.

Nunca como á la caída de la tarde de cada uno de los días de este mes, es mas sonora la fuente que brota escondida entre los musgos ni deleita tanto el murmurio de los arroyos que se arrastran lentamente entre los juncos, las adelfas y los cañaverales.

Cada día del mes de abril, es un poema que nos revela la grandeza de Dios y un tesoro de misterios que nos hace amar la vida, y por el que amamos tambien cuanto nos rodea.

Si somos niños, en el mes de abril salimos al campo, á robar sus tiernos frutos al almendro y sus primeras flores á los rosales, y las madreselvas y las olorosas campanillas.

Se ensancha nuestro corazón porque los prados ofrecen rico pasto al corderillo que es el objeto de nuestras caricias, y se alegra nuestro ánimo observando en el río antes cubierto de témpanos de hielo, el curso de los peces.

Si adultos en este mes, mas que en otros del año, es clara nuestra fantasía y tierno nuestro corazón, y son mas bellos los versos que escribimos, y se hace mas dulce y afectuoso el cariño que profesamos á la mujer, cuyo amor es nuestra vida.

Si viejos... Ay, afortunadamente aun no he llegado á esta edad, en la que se respeta á los hombres por la altísima corona que la naturaleza pone en la frente de los ancianos, en la que se los venera por la experiencia que atesoran, y se les atiende, por los sabios consejos que de sus labios se escuchan.

Pero creo que para los viejos como para los niños y los adultos, tambien abril tiene su poesía.

Porque tiene la poesía de los recuerdos y la poesía de la esperanza, que no hay nada tan poético como los recuerdos y la esperanza, siquiera aquellos mas de una vez sean tristes, y ésta no se realice nunca.

¡Mes de abril! cuyas mañanas dicen los sabios y el vulgo, que son tan dulces de dormir, ¡cuántas veces he salido yo cuando la aurora daba á tus días la primera luz, á buscar en el valle flores para la mujer que amaba!

¡Cuántas he ido arrullado por el canto de los pájaros que te festejaban, y recreándome en el perfume de las flores que querían halagarte á postrarme ante la tumba de mis mayores para rogar por su descanso!

¡Qué de veces no he saludado al Señor al mismo tiempo que la aloisia enviaba al cielo las primicias de sus aromas, y he desahogado mi corazón en tiernos versos que revelaban mas pesares!

¡Y cuántas mas no he hecho promesa de olvidar el amor de la mujer, por la que lo anhelo todo, y de la que siempre espero una tiernísima mirada!

Mes de abril, en cuyos días se han realizado la mayor parte de mis ilusiones unos años y otros he perdido mi ventura, digan los que quieran que tus mañanas son muy buenas de dormir, que yo llamaré perezoso al que no aproveche tus días para ver por la mañana la belleza de la aurora y la magnificencia de la salida del sol y no vaya á aspirar los primeros aromas que á los hombres regala la primavera, y á contemplar sus galas y á unir su voz con la de todos los seres creados que en misterioso canto dicen el poder de Dios, y le dan gracias por las infinitas bondades que á todas horas nos dispensa.

FRANCISCO ROVIRA AGUILAR.

LETRILLA.

Si me ofrecen un amor
que me ha de hacer padecer,
porque ingrata la mujer
se goza con el dolor
del que la llega á querer;
por mas que me llamen necio,
lo desprecio.

Si me ofrecen un empleo
que, aunque de títulos falto,
pudiera hacerme de un salto,
tan rico como deseo,
y sin ningun sobresalto;
muy poco en ello medito,
lo admito.

Si me ofrecen nombradía,
y de la gloria el laurel,
y fama y categoría,
para lo cual algun día
tenga que esponer la piel;
por mas que me llamen necio,
lo desprecio.

Pero si en la oscuridad

y de todos olvidado,
me ofrecen tranquilidad,
pudiendo vivir amado
con pura felicidad;
muy poco en ello medito,
lo admito.

ENRIQUE FERNANDEZ Y CARNICERO.

LAS MAMÁS.

Pues señor, aquí era y no era el mal que se vaya y el bien que se venga; y era una muchacha como de unos veinte y dos años, mas linda que jóven y virtuosa mas que linda, que se casó y se casó por amor, fruta rara en estos tiempos, fenómeno tan desconocido como el de la aurora boreal, y que para nosotros está casi como éste, relegado á las páginas impresas; pero en fin, congratúlome de poder, con este verídico ejemplo, probar que no del todo se ha olvidado del amor la patria de Marcilla y de Isabel, y sigo mi historia pasando por alto los sucesos de cerca de un año, en el que todo fueron goces y alegrías, y pasado el cual, la mujer que habia sentido con el mas vivo placer que iba á ser madre, lo fue en efecto de un hermosísimo niño á quien no se desdénó de alimentar con su propia sangre, haciendo con sus cuidados dichosísimo ese primer albor de a vida, en el que tanto deben sufrir las criaturas cuando se les arranca del seno de sus madres, con el que aun por la naturaleza forman un todo homogéneo. A este niño siguió otra niña no menos linda que él, y entre los dos compartia su madre todo su cariño que era mucho, y pasaban los días para ellos sin que derramasen una lágrima, y fueron creciendo y el cariño aumentando, y siempre siendo dichosas aquellas criaturas, á quienes el cielo habia deparado una madre mil veces mas digna de elogios que todas las literatas del mundo. Y pasó el tiempo; y el niño, ya hombre, nunca olvidó las oraciones que le enseñó su madre cuando apenas sabia hablar, y la niña, hecha mujer, tenia aprendido el camino para hacer una familia tan dichosa como en la que habia tenido la ventura de nacer.

Pero esto es un fenómeno, una rareza, ya lo hemos dicho, y no es de lo que quiero hablar, pues me he propuesto representar un tipo comun de mamás, y éste no lo es por desgracia.

¿Será este otro?

—¿Estás vestido, Julian? ya te estoy esperando y el coche está en la puerta; la tarde es deliciosa; debe estar magnífica la Castellana.

—¿Y el niño?

—Al Prado lo llevó el ama. Mira, me han traído el traje para el baile de esta noche; cuando le vean nadie dudará de tu crédito como sucedia pocos días há; un hombre que emplea 2,000 duros en un vestido para su mujer, debe tener mucho!

—¡¡ Dos mil duros!! Tú no me habías dicho... yo no puedo soportar estos gastos, ya sabes que desde que nos casamos varió completamente mi fortuna, y que en lugar de aumentar mi caudal...

—Eso es, ¿no me decias que yo era todo para tí? ¿que conmigo te sobraban las riquezas? ¿que?...

—Sí, eso te dije, y era la verdad, pero tenemos un hijo, ¿no es necesario ahorrar para nuestro hijo?

—¿Y yo no tengo un rango especial? ¿no he nacido en una clase elevada, en la que es necesario portarse con distinción? ¿Por ventura tú creías que al casarme contigo, *alucinada por el amor*, iba á renunciar para siempre al mundo? ¿que al tener un hijo iba á hacer lo que pudiera una pobre mujer? ¡Pobre niño! cuánto mejor es así; el ama es robusta y sana, y el ángel mio se criará bien; de otro modo hubiese tenido que pasar muy malos ratos, porque yo no habia de renunciar al mundo, y...

—Bien, hija, bien, no decia yo tanto, sé lo

que se debe á tu *elevadísima clase*, y es preciso quedarse sin un cuarto, como lo hizo tu padre, para satisfacerla; de hoy en adelante, tira cuanto gustes; mi boca será una piedra, y si nuestro hijo un día se queda sin comer, ¿que importa eso? tendrá en cambio la honra de ser nieto de tu padre.

Estas palabras, dichas en tono de ironía, y alguna que otra contestación de ella ajándole su amor propio, bastan para que aquella tarde ese feliz matrimonio lo vea todo de color de rosa.

Llega la noche y van al baile; al niño le dejan con la nodriza, que es de toda confianza, según creen, solo que por no dormirse y así estar más al cuidado de la pobre criatura, pasa la noche en sabrosa plática de amores asturianos con el cochero, el lacayo ó el mozo de comedor, y si por casualidad no es tan fea como la mayor parte de las de su especie, puede entretenerla el sobrino, el cuñado, ó algún otro señorito que frecuenta la casa; de todos modos, la cosa es igual, siempre es un acompañante, y con esto se consigue que el niño esté tan bien cuidado, que aunque se desgañite á llorar nadie le atiende; ¡pero qué se ha de hacer, el ama de cría vive de serlo y no ha de esponderse cuando el niño ya no la necesita, á no poder poner un anuncio en el *Diario de Avisos* que diga: *Fulana de tal, con veintey dos años y leche de quince días, solicita cría para su casa ó la de sus padres, etc.*

Su marido está en Asturias cuidando la vaca y el cerdo.

Pues señor, héteme aquí completamente fuera de mi propósito; yo quería hablar de las mamás, y hasta ahora no lo he hecho más que de las verdaderas madres, de las madres montadas á la moda, y de las madres alquilonas ó asturianas de leche (1).

¿Y cómo hacer para dejar ahora abandonado á ese matrimonio, en medio de un baile, donde ella va enganchando amantes al vestido de los dos mil, y él se aburre sin ver nada ó toma la revancha conociéndolo? ¿Cómo no acordarnos más del pobre niño que vemos tan espuesto en su triste orfandad?

Esto no debía ser, y sin embargo, ahora que volvemos al baile, después de haber dado una vuelta por su casa, ya no están donde los dejamos. La gente se va agolpando al ambigú; es imposible penetrar en él, y solo han quedado por los salones algunas personas esperando un segundo turno, en que si bien no las primicias, puedan al menos engullirse los restos con más desahogo.

Y ya que así estamos, lectores míos, si es que sois alguno, es preciso que pasemos el tiempo en algo, hasta que salga doña Flor ya con los 2,000 duros hechos pingajos, que destrocen con su vista el bolsillo de su desconsolado esposo.

Y como no podemos hacer nada de más utilidad, vamos á enterarnos de la conversación que va á trabarse entre aquel caballero y aquellas tres señoras, que están sentadas cerca de la puerta del ambigú. Subíos, pues, sobre mis alas, y nadie os verá; yo tengo la ventaja de ser invisible, y así podremos escuchar impunemente. Y para que tengáis alguna noticia anticipada, y no juzguéis á ciegas, sabed que la tal señora, la que parece madre, es viuda y pertenece á la mas alta aristocracia, por el nombre, y á la humilde demo-idem por el caudal...

—¿Cómo está usted, fulanito? pregunta con interés al caballero.

—Señora, á los pies de usted; ¿y estas niñas?

—No sé, dicen que no se divierten nada; ¡figúrese usted en un baile como éste! que no podrán ver muchos en su vida; y no será por falta de adoradores: ahí tiene usted al vizconde de tal, al conde de cual, al marqués de L., al hijo del duque de T., todos, todos han venido á sacarlas á bailar y á colmarlas de flores, pero estas chicas mías son tan raras, no gustarles ninguno de esos jóvenes tan elegantes, tan gallardos...

—Efectivamente, señora.

—Y Amalia ya se yo en qué consiste, pero la otra...

El tal caballero había *hecho cocos* á la niña tiempo atrás.

—Sí, Amalia tiene un alma tan poética, dice que solo una vez se puede querer en el mundo, que ella ha querido y que siempre será el mismo su corazón para aquel hombre.

Los ojos de la buena señora estaban dulcemente fijos en él; en tanto Amalia, á quien no debía interesar mucho lo que dijese, se entretenía en hacer las señas más amorosas que se han hecho, á un pollito muy almibarado, que respondía con iguales tiernísimas miradas y suspiros profundos.

—¡Ah! seguía la madre, si es una cosa el alma de esa chica, que feliz ha de ser el hombre que la consiga, sí señor, lo digo sin temor de equivocarme, soy su madre, pero no me ciega el cariño; mire usted, la otra no, la otra es como una de tantas, *aun no ha tenido relaciones con ningún hombre*, pero yo creo que no ha de ser como mi Amalia; ¡pobre hija mía, que buena es! ¿y quién sería el ingrato?... de todos modos yo me alegro, me iba á hacer muchísima falta, y no se le pasa el tiempo, tiene diez y seis años. (Veinte y cuatro lo menos.)

Entonces interrumpió el diálogo la nunca bien ponderada Amalia.

—Mamá, ¿bailo esta polca con Carlos? dijo.

—¿Quién es Carlos? preguntó doña Mónica (la viuda) aparentando divinísimamente la más absoluta ignorancia.

—Aquel, mamá, que nos presentaron la otra noche; es preciso no desairarle.

—Ah, bien, anda. Ya ve usted, *es preciso no desairarle*; si no fuera por eso no bailaba. Y la niña se dejaba conducir con el más ardiente entusiasmo en brazos de Carlitos.

Otro tercer personaje vino á animar la conversación sentándose al otro lado de doña Mónica, el primero se acercó á ver bailar á las pocas parejas que había, tal vez le habían interesado las palabras de mamá.

¡Mamá! ¿no es cierto que este mamá resuena en el oído de un modo particular y distinto de las que hasta aquí hemos nombrado? sí, ésta debe ser sin duda la mamá típica; pero cuenta con no equivocarse, que en Madrid hay muchas clases de mamás, y desde la más humilde fregona hasta la princesa, todas prodigan este título á sus ascendientes femeninos; hasta esas desgraciadas mujeres sin padres, sin hijos, sin familias, que son del mundo entero, tienen una á quien dan este nombre.

Pero entre la innumerable cáfila de mamás, sin duda hay unas que pueden llamarse así por excelencia, siquiera sea por el deseo que tienen de aumentar su prole y pasar á la categoría de suegra, que viene á ser el resultado de todos sus afanes, aunque al afanarse no se propongan esto precisamente.

En el siglo pasado, y aun supongo que mucho más allá, ya existía este tipo, aunque no se la designara con este nombre; ved si no á nuestro célebre Moratin que tan bien le retrató en su doña Irene del *Sí de las niñas*. Pero este nombre es el que hoy más se adapta al tipo que quisiera presentar. Preguntadle á un pollo qué es una mamá, y exclamará sin duda. *El ángel custodio de sus hijas*. (Entre paréntesis, ya habéis comprendido que la mamá ha de serlo, sin remedio, de una ó más hijas casaderas, de otro modo no es de las mías.) Si le preguntais lo que es, á un hombre de treinta á cuarenta años y aun más, le veréis alarmarse y contestar, que es un garfio destinado á cazar maridos para sus pimpollos, á menos que ese hombre alucinado no vea el terrible garfio, por lo mismo de tenerle delante de sus narices.

Pero hagámosles justicia: las mamás no desean por lo general más que el bien de sus hijas, y si se equivocan muchas veces, culpa es de la triste condición humana; entonces les queda el papel de la suegra que ya no me pertenece. Por sus hijas van á los paseos, re-

ventando sus antiguos pies, y corren á las formaciones, á las paradas, á todas partes, en fin, donde va gente; por ellas gastan en trages para aburrirse en las reuniones, en donde forman la clase pasiva; por ellas frecuentan los teatros, gastando en todo más de lo que pueden, y por ellas, en fin, mueven tanto la sin hueso como se lo hemos visto hacer á doña Mónica, que tiene ahora el otro por su cuenta, hablándole de su Luisita y poniéndola no menos elevada que á la primera.

Si es verdad, pues, que se equivocan y que muchas veces por tanto sacarlas á relucir, pierden el brillo, su intención no por eso deja de ser la más laudable. ¡Ah! ¡las mamás, las mamás tienen grandes y sublimes aspiraciones! todo su sueño es la felicidad de sus hijas en una *buena boda*, si bien tal vez lleven la mira de reservarse un poquito de la gloria, que pueden luego muy bien restituir con un muchazo de infierno.

Pero ellas trabajan y trabajan mucho; si sus intereses no las consienten gastos superfluos, entonces se ve á la mamá afanarse por adquirir relaciones, que adquiere sea cualquiera medio, y luego ya tiene con quien mandar la niña al teatro, al baile, etc., y la viste elegantita aunque tenga ella que llevar un mismo vestido largos años: en fin, no perdona medio de pescar un yerno, y á veces los emplea tan arriesgados, tan de á muerte ó vida, que cuando cree que el pez ha tragado ya el anzuelo, lo encuentra sin cebo al retirarlo y que aquel ha desaparecido.

Cuando las hijas van acercándose á la *funesta edad de tristes desengaños*, se apodera de la mamá una especie de hidrofobia; vá por la calle mirando á todos con ojos escudriñadores y si por casualidad uno al pasar dice, es *bonita esa muchacha*, ya la tiene usted loca de contento; si uno se detiene á mirarla, ciega de gozo la mamá, le examina de pies á cabeza, y cuchichea con su hija, y se para, y se entusiasma, y cuando desaparece la ilusión, se queda como debía estar Espronceda al escribir aquella preciosa quintilla: *Hojas del árbol caídas*, etc.

Estas son, pues, las verdaderas mamás del siglo, y aunque haya muchas designadas con el mismo nombre, siempre se las podrá añadir algún calificativo, á estas no, son mamás, y solo mamás.

Son las tres de la mañana.

Doña Mónica, que tiene á su lado á sus dos hijas, quienes tienen á los suyos á los dos caballeros iniciados por mamá, duerme el sueño tranquilo de la polla que fue entregándose á las más gratas ilusiones de suegra.

Ellas, las pollas, que aun son, coquetean con ellos, porque siempre es grato el coquetear.

—¿Es verdad, querida lectorcita?

En esto empiezan á desfilar algunos; allí va doña Flor, ladel vestido, y ¡qué cara lleva tan aburrida!

No vuelvo, Julian, no vuelvo; venir á que nos marchemos cuando empezaba la diversión, añadirme, de un modo que tal vez lo habrán oído ¡mira en lo que han venido á parar los 2,000 duros! esto es insostenible.

—Es que no me siento bien, perdona; pero tengo un dolor de cabeza...

—Lo que tienes es rabia de que yo disfrute...

Y así montan en el carruaje, y se dirigen á su casa, y la nodriza que no los esperaba hasta el amanecer, es sorprendida en sus amores, y la despiden y tiemblan por el niño, que pasando por mil vicisitudes de esta especie, unas veces llega á hombre sin haber conocido el cariño de una madre, y otras le es imposible resistir á tantas sustituciones tan contrarias á la naturaleza.

Las últimas noticias que tengo de esa familia son, que este niño, por fortuna, resistió á esa terrible lucha con todo lo que es natural; pero que su padre á la vuelta de pocos años estaba tan arruinado como el preclaro abuelo.

Dejémoslos, alegrándonos con todo nuestro corazón, de que este no sea tampoco el tipo

(1) Véase burras de id.

comun de las mamás, por mas que abunde mucho, y volvamos á nuestra doña Mónica, que en este momento sale del baile llena de gozo, pues cada una de sus hijas lleva á su lado el galán que ella le destina: acompañémosla hasta su casa, donde aun les ofrece descansar; y démosle el último adios, llenos de agradecimiento por habernos sacado del

apuro, porque apurado y bien apurado estaba yo no encontrando mi tipo, y no dudo que vosotros lo estaríais al verme á mí sufrir. Y ahora que ya me veo fuera del compromiso, que he llenado en efecto mal ó bien, os suplico solo que no me censureis demasiado al ver el poco método y la vaciedad de este desaliñado escrito, siquiera sea en gracia de las infinitas

mamás que han venido siendo desde mamá Eva, cuyo mamáico instinto llegó á casar sus hijos entre sí, y por lo tanto de la dificultad entre todas de sacar los rasgos característicos, para el que, como yo, en tomando la pluma, solo ve dificultades.

Adios, pues, adorables pollitas, que sereis mamás probablemente. Adios respetables ma-



TIPOS ESPAÑOLES.—Chico de abordo.

más, aspirantes á suegras, adios, vosotras las personas conjuntas futuras ó presentes: á todos los que habeis tenido la paciencia de seguirme.

Os deseo la vida mas dichosa, y dicha os doy con acabar mi prosa.

A. VIUDES GIRON.

RIEGO.

Este distinguido general es otro de los que regaron la patria con su sangre, sucumbiendo

por la causa de la libertad. Fue promovedor de la revolucion de 1820: nació en Asturias por los años de 1784, de una familia ilustre, y recibió su educacion literaria en la universidad de Oviedo: en 1807 pasó á Madrid, donde fue admitido en el cuerpo de guardias de Corps, y en 1808 tomó parte en el alzamiento del Dos de Mayo: allí luchó con temeridad sangrienta por la independencia de su país, y mas tarde, en el combate de *Espinosa* fue hecho prisionero por los franceses. Al terminar la guerra volvió á España, y agregado despues al ejército

espedicionario de Ultramar dió el grito de sublevacion en 1.º de enero de 1820, cerca de las Cabezas de San Juan, proclamando la Constitucion de 1812, alzamiento que, secundado por la nacion, obligó á Fernando VII á variar su sistema de gobierno y á convocar córtes. Adoptado en España el régimen constitucional, fue nombrado Riego capitán general de Galicia; pero le enviaron á Asturias, por causa de su popularidad, antes de que hubiera tomado posesion de su destino; los sucesos, no obstante, se complicaron, y fue preciso nom-

brarle capitán general de Aragón, de donde le destituyó también el gobierno, receloso de las grandes simpatías que inspiraba al pueblo español, aquel caudillo de la libertad. Después fue diputado; votó en favor de la regencia, y más tarde, el 7 de noviembre de 1823, murió en Madrid, como la historia dice y todos sabemos, sin que nosotros queramos escribirlo, porque nos llena de cólera y de indignación, el solo recuerdo de los que sacrificaron a su encono uno de los más esclarecidos defensores de nuestra libertad.

EL CASTILLO DE MÁGALO.

Lázaro, sal fuera y ven á mí.
(JESUCRISTO).

I.

LA PERLA DE BETANIA.

Syr era un noble judío respetado en todo Israel por su ilustre cuna y la rectitud de su corazón.

Su mujer, Eucaria, era tenida entre las hijas de Abraham como el modelo más perfecto de la esposa.

Syr y Eucaria tuvieron tres hijos: un varón y dos hembras.

Llamábase el primogénito Lázaro.

Llamábanse sus hermanas Marta y María.

Syr era rico. Poseía un castillo, antigua residencia de sus mayores en Galilea, cerca del lago de Genezareth.

Este castillo, rodeado de estensas heredades muy productivas, era conocido con el nombre de su fundador.

Llamábase el castillo de Mágalo.

Eucaria había llevado en dote á su marido Syr un huerto riquísimo por la abundancia de sus palmeras, situado en Betania (casa de los Dátiles), en la misma falda del monte de los Olivos.

La felicidad sonreía sobre este matrimonio.

Sin un dolor que empañase el sol venturoso de la dicha conyugal, Syr y Eucaria vieron llegar á su primogénito á la edad viril.



Rafael del Riego.

Cuando en las hermosas estaciones primaverales los dos esposos se sentaban á la sombra de sus palmeras rodeados de sus hijos, los vecinos de Betania exclamaban al pasar:

—¡Ahí está la honra de Israel! ¡Qué familia tan venturosa!

Sin embargo, la frente venerable del anciano Syr se arrugaba más de una vez, y en el fondo de aquellas arrugas vagaban siniestros presentimientos.

Entonces solía exclamar en su interior:

—¡Dios de Abraham y de Jacob! Te doy las gracias porque has permitido á este pobre anciano que vea las barbas en el rostro de su primogénito. Pero te ruego de todo corazón que cortes el hilo de mi existencia antes que

mi rebelde hija manche la honra de mi frente.

La hija que así preocupaba en los momentos de soledad al noble anciano se llamaba María, joven de diez y ocho años de edad y hermosa como un crepúsculo del mes de mayo.

Era la menor de los tres hermanos, y á la que el viejo Syr demostraba más preferencia á pesar de su carácter aturdido y exigente.

Es verdad que María tocaba el arpa y el salterio como una musa y cantaba como un serafín.

Tenia además una cabellera tan hermosa, que cuando desataba sus trenzas, rubias como el oro, dejándolas flotar sobre sus espaldas, el extremo de sus preciosos cabellos lamian sus delicados pies.

Entonces, si un rayo de ese hermoso sol que tantas veces había bañado la frente de David y de los macabeos caía sobre los flotantes cabellos de María, á cierta distancia hubiérase dicho que aquella joven llevaba sobre las espaldas un manto de oro.

Absalon hubiera envidiado los cabellos de la hija de Syr y Eucaria.

La desdichada Agar, la sufrida Raquel, la depravada Dalila, la pudorosa Rutt, la fuerte Abigail y la adúltera Bethsabé, apenas hubieran podido competir en hermosura y gracia con la hija del noble anciano de Mágalo.

Porque María era hermosa como un sueño poético de la primavera de la vida.

Sus ojos tenían el purísimo azul del cielo de Palestina.

Sus mejillas eran frescas y sonrosadas como los capullos de Saron.

Su frente resplandecía como el lago de Galilea bañado por los rayos de la luna.

Sus labios habían robado el carmín á los claveles de Jericó.

En Israel se la daba el nombre de la *perla de Betania*.

Los más ricos primogénitos de Jerusalem solicitaban su mano.



Londres.

La esperanza de poseer á la hermosa hija de Syr, les conducía diariamente desde la Ciudad Santa á la pintoresca Betania, montados en sus soberbios corceles de Siria, ricamente enjaezados.

Las serenatas, las enramadas de flores, se sucedían las unas á las otras delante de la puerta de María.

—Elige, exclamaba su padre, entre todos esos pretendientes el que mas te plazca. Pero la aturdida María, haciendo una mueca encantadora contestaba siempre: —Soy muy joven.

Mientras tanto, sus sonrisas, sus miradas, se repartían por igual entre los soñitos manebos.

La esperanza animaba con su tibio calor veinte corazones á la vez.

En vano Lázaro el prudente y María la hacendosa amonestaban á su hermana menor. Los ruegos de los hermanos eran desatendidos como las súplicas de los padres.

Así las cosas, la muerte batió sus impalpables alas sobre la morada de Lázaro, y la virtuosa Eucaria lanzó en brazos de sus hijos y de su esposo el último suspiro.

Desde entonces, el anciano Syr, con la venerable barba hundida en el pecho, la dolorosa mirada fija en el suelo, pasaba hora tras hora sentado bajo la misma palmera donde en otro tiempo feliz había gozado los momentos mas dichosos de su vida con la dulce compañera que le había arrebatado el soplo devastador de la muerte.

En vano Lázaro y Marta procuraban disipar la eterna melancolía de su padre.

Una tarde, á esa hora en que el sol camina á su ocaso y los pajarillos le envían con sus arpadas lenguas el adios de despedida, Syr hizo seña á sus hijos para que se sentaran á su lado, y despues les dijo con acento pausado y fatigoso:

—Hijos míos: siento el frío de la muerte circular por mis venas... voy á morir... lo conozco y le doy gracias al Santo de los Santos... pues la vida era para mí una carga enojosa desde que mi adorada Eucaria me abandonó. Amaos como á buenos hermanos que sois, y no olvideis honrar las cenizas de vuestros padres.

El viejo Syr se detuvo.

La fatiga de la muerte ahondaba las palabras en su pecho.

El resuello de la agonía era cada momento mas bronco y fatigoso.

Lázaro llamó á uno de sus criados, y condujeron al viejo Syr á la cama.

Sus ojos casi sin luz giraron en torno de su lecho.

Sus hijos le rodeaban derramando abundantes lágrimas.

El anciano detuvo su mirada en su hija María.

—María, la dijo con una fatiga que iba en aumento, pronto de mis labios sin calor se escapará el último soplo de vida que hace latir aun mi corazón. Oye á este pobre viejo que te habla desde el borde de la tumba, y no olvides, hija mía, sus palabras.

Syr hizo una ligera pausa para tomar aliento, y luego continuó:

—La modestia, la virtud y la honradez, cuando se entrelazan, son la corona de mas precio con que puede engalanarse la frente de una doncella. Lázaro, tu hermano mayor, será desde mi muerte tu padre... obedécele... sé humilde con él, imita á tu hermana Marta: yo seré feliz en la eternidad.

Despues de estas palabras, el anciano de Betania dejó caer la cabeza sobre los almohadones de su lecho.

Luego extendió sus descarnadas manos como para bendecir á sus hijos, y espiró.

Algunos dias despues las lágrimas se secaron en los hermosos ojos de María.

Su hermana Marta le reprendió, y María, haciendo una mueca de desprecio, la contestó estas palabras:

—Las lágrimas reblandecen los ojos, y los ojos blandos afean á las doncellas.

II.

EL JARDIN DEL AMOR.

Lázaro y Marta tenían un carácter retraído y modesto.

Gustaban mas del pacífico retiro del hogar, que del bullicioso estruendo de las fiestas.

Esto irritaba á la aturdida María, que, ansiando tender las alas, siempre se hallaba dispuesta á las diversiones y á los placeres.

Encargaba diariamente trages preciosos á los caravaneros de Tiro y Sidon, gustaba de perfumarse los cabellos y el cuerpo con la mira de Arabia y el óleo de Mitelete.

Lázaro reprendía á su hermana con dulzura; pero María, cerrando los oídos á los consejos, pasaba la mayor parte del día asomada á la ventana, luciendo su hermosa cabeza cargada de perfumes y perlas.

Estos caracteres tan diametralmente opuestos no podían permanecer por mucho tiempo bajo un mismo techo.

La hora del rompimiento no se hizo tardar mucho.

Todas las noches Lázaro encontraba al retirarse nocturnos amantes que rondaban su casa.

Los escándalos, las pendencias se sucedían con frecuencia.

En Betania, residencia entonces de los huérfanos de Syr, comenzó á murmurarse de la hermana de Lázaro.

Un día un hombre cayó herido bajo la ventana de la hermosa rubia.

En el pueblo se levantó un grito de indignación.

Murmuraron en voz baja el nombre del muerto y el del matador.

El primero pertenecía á una familia distinguida de Jerusalem.

El segundo era un centurion romano, favorito del gobernador Pilato.

Lázaro, con el semblante severo del hombre honrado, llamó á su hermana y le dijo:

—María, es preciso que esto termine; no puede continuar así; no puedo tolerar que se mancille el nombre sin mancha que heredé de mi padre. Tienes muchos pretendientes: elige un esposo.

—No vendo mi libertad. Si los hombres se matan porque codician mi hermosura, no es culpa mía; mi honor está limpio como la luz del sol. Pero si no te place mi proceder, desde mañana podemos separarnos. El castillo de Mágdalo será mi residencia, pues me pertenece. Tú y Marta podéis quedaros en Betania, ya que tanto os enoja mi conducta.

—Piénsalo bien, María, repuso Lázaro: eres joven; separándote de nosotros corres á tu perdición.

—Solo se pierde el que quiere; vuestra modestia, vuestro retraimiento, me enojan como á vosotros os enoja mi carácter alegre y comunicativo: lo mejor es la separación.

Nada pudieron las súplicas de Lázaro ni los ruegos de Marta. María, acompañada de algunos criados y de una vieja que la había servido de nodriza, partió de Betania y fué á instalarse en la antigua fortaleza de Mágdalo, situada en Galilea, cerca del lago de Genezareth, en donde fue conocida con el nombre de María Magdalena.

Desde este momento María se creyó libre y absoluta dueña de su voluntad.

Las severas miradas de su hermano, los consejos incesantes de la hacendosa Marta, no iban á molestarla mas.

Su corazón ardiente se propuso hacer del viejo castillo de Mágdalo un paraíso.

Escogió para la servidumbre cuatro doncellas, las mas hermosas de Cafarnaum.

María abrigaba en su pecho un corazón hambriento de emociones.

Su alma impresionable se hallaba sedienta de amor y de placer.

Su imaginación ardiente y voluble como la

mariposa, no hallaba nunca un hombre como lo había soñado.

Sus miradas llenas de amor repartían diariamente entre sus adorados mentidas esperanzas que alentaban la fe y el entusiasmo de los pretendientes.

Todos los jóvenes que rendían culto al placer, á la música, á la pereza, tenían francas las puertas del castillo de Mágdalo.

Diariamente se danzaba á la sombra de los tupidos emparrados del jardín, y la hermosa Magdalena, rodeada de sus doncellas, enloquecía á sus adoradores haciéndoles oír los dones privilegiados de su voz y las dulcísimas notas de su salterio.

(Se continuará.)

E. PEREZ ESCRICH.

ROMANCE.

En un pastoral albergue,
Que la guerra entre unos robles
Lo dejó por escondido,
O lo perdonó por pobre:
Do la paz viste pellico,
Y conduce entre pastores
Ovejas del monte al llano
Y cabras del llano al monte:
Mal herido, y bien curado
Se alberga un dichoso joven;
Que sin clavarle amor flecha
Le coronó de favores.

Las venas con poca sangre,
Los ojos con mucha noche,
Lo halló en el campo aquella
Vida y muerte de los hombres.

Del palafren se derriba,
No porque al mozo conoce,
Sino por ver que la yerba
Tanta sangre paga en flores.

Límpiale el rostro, y la mano
Siente al amor que se esconde
Tras las rosas, que la muerte
Va violando los colores.

Escondióse tras las rosas,
Porque labren sus harpones
El diamante de Catay
Con aquella sangre noble.

Ya le regala los ojos,
Ya le entra sin ver por dónde
Una piedad mal nacida
Entre dulces escorpiones;

Ya es herido el pedernal,
Ya despide al primer golpe
Centellas de agua: ¡oh piedad,
Hija de padres traidores!

Verbas le aplica á sus llagas,
Que si no sanan entonces,
En virtud de tales manos
Lisonjean los dolores.

Amor le ofrece su benda:
Mas ella sus velos rompe
Para ligar sus heridas:
Los rayos del sol perdonen.

Los últimos nudos daba
Cuando el cielo la socorre
De un villano en una yegua
Que iba penetrando el bosque.

Enfrénale de la bella
Las tristes piadosas voces,
Que los firmes troncos mueven,
Y las sordas piedras oyen.

Y la que mejor se halla
En las selvas que en la corte
Simple bondad, al pio ruego
Cortesmente corresponde.

Humilde se apea el villano,
Y sobre la yegua pone
Un cuerpo con poca sangre,
Pero con dos corazones.

A su cabaña los guía,
Que el sol deja su horizonte,
Y el humo de su cabaña
Le va sirviendo de norte.

Llegaron temprano á ella,
Do una labradora acoge
Un mal vivo con dos almas;
Una ciega con dos soles.

Blando heno en vez de pluma
Para lecho les compone,
Que será tálamo luego
Do el garzon sus dichas logre.

Las manos, pues, cuyos dedos
Desta vida fueron dioses,
Restituyen á Medoro
Salud nueva, fuerzas dobles;

Y le entregan cuando menos
Su beldad, y un reino en dote,
Segunda envidia de Marte,
Primera dicha de Adónis.

Corona un lascivo enjambre
De Cupidillos menores
La choza, bien como abejas
Hueco tronco de alcorchoque.

¡Qué de nudos le está dando
A un áspid la envidia torpe,
Contando de las palomas
Los arrullos gemidores!

¡Qué bien la destierra amor
Haciendo la cuerda azote,
Porque el caso no se infame
Y el lugar no se inficione!

Todo es gala el africano,
Su vestido espira olores,
El lunado arco suspende
Y el corvo alfanje depone.

Tórtolas enamoradas
Son sus rancos atambores,
Y los volantes de Venus
Sus bien seguidos pendones.

Desnuda el pecho anda ella,
Vuela el cabello sin orden,
Si lo abrocha es con claveles,
Con jazmines si lo coge.

Todo sirve á los amantes:
Plumas les baten veloces
Airecillos lisonjeros,
Si no son murmuradores.

Los campos les dan alfombra,
Los árboles pabellones,
La apacible fuente sueño,
Música los ruisseñores;

Los troncos les dan cortezas
En que se guarden sus nombres,
Mejor que en tablas de mármol,
O que en láminas de bronce.

No hay verde fresno sin letra.
Ni blanco chopo sin mote:
Si un valle Angélica suena,
Otro Angélica responde.

Cuevas, do el silencio apenas
Deja que sombras las moren
Profanan con sus abrazos
A pesar de sus horrores.

Choza, pues, tálamo y lecho
Contestes de estos amores;
El cielo os guarde, si puede,
De las locuras del conde.

GÓNGORA.

LAS MUJERES PINTADAS

POR LOS QUE ADMIRAN SUS ENCANTOS.

La mujer es una rosa en la pubertad, un árbol frondoso en la adolescencia y un apóstol obligado de la religion, en la senectud.

La mujer sin cultura, es como la flor sin fragancia.

Una coqueta, es peor que un dolor de muelas para los que tienen la desgracia de conocerla.

Una mujer veleidosa, hace mas estragos que un cañon rayado.

A la mujer burlona le sucede lo que á la peste, que todo el mundo huye de ella.

Una mujer orgullosa, es peor que un mastin á la puerta de un caserío.

Una mujer loca, es el infierno continuo de su familia.

Las mujeres, que ya no son jóvenes, nunca hablan de lo pasado, sin omitir todas las fechas.

Segun Voltaire, las mujeres son como las veletas: cuando se enmohecen, es cuando empiezan á estar fijas.

Segun Julien, son flores brillantes de la

humanidad y criaturas delicadas, cuya debilidad implora nuestro apoyo.

Habiéndole preguntado á Milton, por qué en ciertos países puede un príncipe ser coronado rey á los 14 años, y no puede casarse hasta los 16, respondió el poeta, que porque es mas fácil gobernar un reino, que á una mujer.

Un escritor inglés dice, que hay tres cosas á las cuales debe parecerse una mujer, y á las que tambien no debe parecerse.

Debe parecerse al caracol que guarda constantemente su casa; pero no debe hacer como él, que lleva sobre su cuerpo todo lo que tiene.

Debe parecerse á un eco, que no habla mas que cuando le hablan á él; pero no debe, como el eco, tratar de hablar siempre la última.

Debe ser como el reloj de una ciudad, de una exactitud y regularidad perfectas; pero no debe hacerse oír en toda la ciudad, como él.

Todas las mujeres, decia Publio, son amables fuera de casa. Las mujeres han aprendido á llorar, para mentir mejor.

Quevedo, nos dejó hecho este encargo: Si encontrais á muchas mujeres riñendo, alargad el paso.

LONDRES.

Nuestro querido amigo el señor B., residente en Londres con objeto de visitar los edificios de aquella gran ciudad, nos escribe la siguiente carta:

«Mucho tiempo hace, mi querido amigo, que no te escribo, y ruégote no estés quejoso por ello, pues bien sabes lo que son viajes y cuán breve nos parece el tiempo gastado en contemplar los monumentos del arte, ó en estudiar las costumbres de un país. Dificilmente podría conocer las segundas en los meses que llevo aquí de residencia, porque esto es indescriptible, inmenso. Risa me causa el acordarme de los días en que llamábamos Babel á nuestro Madrid, puesto que comparado con este anchuroso alcázar que la civilización inglesa ha levantado en medio de su vasto territorio, es ni mas ni menos que una preciosa miniatura. Esto no obstante, jamás podré olvidarme del Prado, por donde vagan, cautivando corazones, nuestras paisanas, ni del Retiro con su poético estanque y sus jardines perfumados, ni de un Museo donde tenemos cuadros que son glorias del arte español y envidia de la Europa entera. ¡Ah! el cielo de nuestro país no es comparable á ningún otro. Recuerdo á todas horas su diafanidad, su transparencia, y el sol que le ilumina con vehementes deseos de contemplarle, porque aquí el cielo que se distingue, es mas que cielo, el reflejo de la ciudad británica. Desde que al pisar estas inmensas calles, lo contemplas, ves en él oscuras nubes formadas por el vapor de las fábricas, y cuyas nubes te rodean por todas partes.

Te admiraría este centro de civilización con sus ciento cincuenta y tantos millones de súbditos, y sus parques, sus edificios, sus inmensos palacios ocupando una superficie de mas de 16 millas cuadradas, sobre la cual se estiende una población de mas de 3.000.000 de individuos próximamente. De seguro quedóse corto Mr. Enault cuando en su viaje á estas islas nos dijo que se consumían al año 1.600.000 cuarteras de trigo: 240.000 bueyes: 1.700.000 corderos: 28.000 vacas: 35.000 cerdos: 4.024.400 aves (en un solo mercado): 3.000.000 de salmones: 43.200.000 tinajas de porter y de ale: 2.000.000 de toneles de bebidas espirituosas, y á este tenor lo demás, pues es difícil, casi imposible calcular lo que aquí se consume.

No es mi ánimo, sin embargo, hablarte de esto, ni de la admiración que me produjo esa inmensidad de agua que llaman el Támesis, y que con sus mil embarcaciones y sus puentes maravillosamente suspendidos, deja á uno y tro lado los colosales edificios de esta ciudad

donde segun la exacta y acertada frase de un escritor moderno, se «eleva la Bolsa por mezuquita.» Aquí no se encuentra algun que otro palacio cuya magnificencia pueda sorprender-te porque se hayan diseminados con tal profusión, que la distancia que media de uno á otro, y te advierto que las distancias en este foco de comercio son inconcebibles, no te dan lugar á nuevas sorpresas... Una sola se experimenta al entrar en Londres, y esa no se desvanece hasta que sales de él. Cada círculo que frecuentas, te parece una nueva ciudad. El Banco, el Temple-Bar, donde concurren los magistrados; los suntuosos edificios aumentados en torno de Hyde-Park y de Grosvenor-Square; las aristocráticas damas que habitan en los nuevos círculos de Belgrave y de Tyburn, todo esto forma un barrio aparte con su fisonomía especial.

El barrio de Tyburn podemos decir que es el destinado á la clase media, así como el de Belgrave es la flor del dandismo y de la fastuosidad. Hacia el Oeste de la población, tienes los barrios en que yo y todos los extranjeros habitamos y por la parte del Sur de Regent's-park solo hallamos á Covent-garden y Leicester-Square con Hay-Market, pequeñas colonias cuya población se renueva sin cesar.

Aun no he visitado los palacios reales de Buckingham, Saint-James, White-Hall, que se halla casi destruido, y el de Kensington.

No me detengo á hablarte de Stafford-House, que situado entre los parques de Green y Saint-James, está considerada como la mas linda habitación inglesa. En sus vastas galerías campean las pinturas mas notables de Rafael, Zurbarán, Velazquez-Alberto Durero, Rubens, Van-Dyck, Teniers, Pablo Delaroché y otros que me sería difícil enumerar á la memoria. Tampoco puedo hacerlo de Grosvenor-House, ante cuya columnata griega se detiene asombrado el viajero en Upper Grosvenor-Street. La galería de aquel, perteneciente al marqués de Westminster está consagrada á la gloria de Rubens y de Claudio de Lorena, así como con las de Bridge Water-House, se halla á la de los maestros italianos posteriores á Rafael. El edificio mas notable de cuantos edificios góticos se conocen en Europa, es sin duda alguna el palacio del parlamento ó casas del parlamento como aquí se dice, el cual, colocado á orillas del Támesis, campea sobre todos los monumentos de la capital. Está levantado sobre las minas del antiguo palacio de Westminster, destruido en 1834 por un voraz incendio, y mide de estension unos 900 pies próximamente. En la fachada que mira al río, se ven multitud de adornos y estatuas de cuantos reyes ha tenido Inglaterra, y la que da á tierra es acaso mas pintoresca. Tiene su entrada la reina por la torre Victoria, que eleva su pirámide á 340 pies de altura sobre un arco de 65. En dicho palacio es donde se celebra todos los años la apertura y clausura del parlamento. La cámara de los Comunes, á pesar de su magnificencia, está muy lejos de competir, como dice un escritor contemporáneo, con la suntuosidad de la cámara de los Lores.

La sala superior de recibo de aquella, lleva el nombre de la de los poetas y su decorado habrá de consistir en ocho frescos, representando á Chaucer, á Spencer, á Shakespeare, á Milton, á Dryden, á Pope, á Walter-Scott y á lord Byron. Bueno es que los hombres políticos lleven la inspiración hasta su mas alto y elevado origen.

Otro de los monumentos en que aquellos ocupan preferente lugar, es la abadía de Westminster, cuya gigantesca mole parece inclinarnos á la melancolía y á la meditación. Perdona mi querido amigo si en mi insuficiencia para describirte este grandioso edificio, me valgo de los términos en que lo hizo un viajero, que fue el primero en evocar en mi alma el deseo de admirar este prodigio del arte.

Westminster fue fundado á principios del siglo VII por Seberto, el rey sajón, y después lo mejoraron Edgardo y Eduardo el Confesor;



Daoiz y Velarde.

pero habiéndose verificado varias transformaciones sucesivas, fueron al fin Enrique III y su hijo Eduardo los que dieron al templo su última forma, que es la que nosotros admiramos hoy día. Esceptuando la capilla de Enrique VII y las torres del Oeste que están adornadas, según los últimos modelos, el estilo de la iglesia pertenece todo á los últimos años de la época en que brilló aquel que fue conocido por el primer gótico inglés. La capilla de Enrique VII, por el contrario, corresponde á los últimos tiempos del estilo perpendicular, y las torres occidentales construidas, según los diseños de Wren, enlazan con escasa fortuna los estilos griego y gótico, que parecen mas bien rechazarse entre sí. El plano general del edificio nos ofrece la figura de una cruz latina, con capillas que rodean el coro, y una última capilla, la de Enrique VII mas allá del coro, al extremo del ábside, la cual estuvo consagrada en otro tiempo á la Virgen, conforme á las prescripciones arquitectónicas de la edad media.

Entrase por lo general en la iglesia por la puerta de la parte occidental, y allí lo primero que se encuentra es la *Reunion de los poetas* que viene á ser el Escorial del gremio literario. Allí los monumentos son todos ó tumbas ó cenotafios.

La reflexiva cabeza, algun tanto sentimental, de Shakespeare, es la que primero llama la atención del viajero, pues que él es el rey en aquel reino de gloria. En torno suyo, como si fueran súbditos que rodearan á su monarca, se hallan colocados Chaucer, el padre de la poesía inglesa, y Spencer, y Johnson, y Butter,

el autor de *Hudibras*, y Prior, Thompson con toda la coleccion de estaciones cantadas por él, y Goldsmith conducido á la posteridad por mano del vicario de Wakefield, y Gray suspirando la elegía de los cementerios, y Southey y Sheridan. Mostré en alta voz mi sentimiento al no ver el nombre y el recuerdo de lord Byron en aquel panteon de la gloria británica, á lo cual me contestó un grave inglés que me escuchaba: «No ha podido penetrar en el templo de Cristo, porque no creía en él.»

(Se continuará.)

DAOIZ Y VELARDE.

El pueblo español recordará siempre con gloria el nombre de estos dos mártires de la independencia. Don Luis Daoiz, capitán de artillería de nuestro ejército, nació en 1767. Después de haber asistido á los sitios de Oran y Ceuta, á la guerra de Cataluña y al Bloqueo de Cádiz, se hallaba en Madrid, cuando la invasión de los franceses á las órdenes de Murat. En el memorable alzamiento del Dos de Mayo defendió con un puñado de valientes el parque de artillería, donde antes que él sucumbió su compañero Velarde. Después de tres horas de sangrienta lucha, vió acercarse á un oficial francés que pedía parlamento: engañado Daoiz llegase á él, en el momento le rodearon los enemigos dándole alevosamente la muerte.

La patria les rendirá homenaje de su admiración, como á tantos otros que regaron el suelo con su sangre en aquella inolvidable jornada que es y será siempre baldon de Francia y gloria del heroico pueblo español.

SEGUIDILLAS.

En sueños y despierta
muriendo vivo,
pues sueño con la gloria
cuando te miro;
y cuando sueño,
por no hallarte á mi lado
vivo muriendo.

No te duermas, bien mio,
sobre las pajas,
creyendo firmemente
que Eva te aguarda;
que hoy quien se duerme,
otro Adán á su lado
toparse suele.

Es el alma del hombre
cual flor de mayo;
del sol de los amores
se abre á los rayos;
cae el rocío,
se dobla al peso, y llora
su sol perdido.

Oye: me ha dicho hoy mismo
tu zapatero,
que tu pie mide al largo
diez y seis dedos;
ya no te amo,
no sea que me metas
en un zapato.

Pigmaleon amante,
á un mármol rudo
en mujer hechicera
convertir supo,
pero tú en cambio
mi corazón de fuego
trocaste en mármol.

Quiero decirte, niña,
cuánto te quiero,
que tus ojos me tienen
de amores muerto;
que eres hermosa...
mas sabe que lo mismo
les digo á todas.

Son tus ojos dos soles,
que si quisieran
alumbrar cuando el rostro
del sol se ausenta,
creer harían
que era día la noche
y noche el día.

Me dices que me quieres
niña morena,
si no tuvieras madre
yo te quisiera.
¡Dichosos tiempos
cuando Adán halló á Eva
sin parentescos!

Cuando por vez primera
te ví una tarde,
el tiempo me faltaba
para admirarte;
y á las tres veces...
el tiempo me faltaba
para quererte.

Para pintaros pronto,
perla preciada,
pedís precisamente
pocas palabras;
¡Pobre pacato!
pequeñuelo parezco
para pintaros.

MANUEL VALCÁRCEL.

Por todo lo no firmado J. GASPAS.
Editor responsable, Fernando Gaspar.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 días después de su publicación.

PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: Librería de Gaspar y Roig, Príncipe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Cármén, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 51; Duran, Carrera de San Geronimo; Dochoa, calle de Jacometrezo, 65, y en la Publicidad, pasaje de Matheu.
En Provincias, Etranjero y Américas en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos de correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.